

Lo que se dirá de mi suceso. Florencio Sevilla Arroyo (1956-2020)

«Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decilla, y yo mayor gana de escuchalla»
Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*

Dudo que pueda distinguir entre Florencio, al que, por más que me cueste creerlo, nunca volveré a ver, y el profesor Sevilla Arroyo, cuya necrología escribo ahora para *Anales Cervantinos*. Bien es verdad que, en su caso, la persona que se animaba en las conversaciones entre amigos y el incansable estudioso estaban íntima e inseparablemente unidos, como quien hizo de la literatura una firme y gustosa vocación.

Había llegado desde Villanueva de Guadamejud, donde nació, para estudiar en la Universidad Autónoma de Madrid, y allí se fue forjando aquella vocación, que terminaría por dar su primer fruto en una impecable tesis de doctorado. Se trataba de la edición de *Alonso, mozo de muchos amos* de Jerónimo de Alcalá Yáñez, defendida ante un tribunal del que formaban parte —ahí es nada— Fernando Lázaro Carreter, José Manuel Rozas, Domingo Ynduráin, Miguel Ángel Pérez Priego y, su director, Antonio Rey Hazas. Comenzó entonces una carrera universitaria en el sentido más cabal del término, en la que la investigación se sumaría a la docencia para que los saberes no quedaran en un esfuerzo estéril. Porque Florencio fue un profesor universitario en el mejor sentido de la palabra, participe de una universidad entendida como espacio propicio para la generación y la transmisión del conocimiento, donde lo más importante era estudiar y enseñar. Así lo hizo.

Resultaría vano y frío resumir horas de empeño, años consagrados al estudio, desvelos, sacrificios y renunciaciones en unas cuantas frases, pero quisiera al menos dejar constancia de la labor mantenida y extraordinaria con que se labró un hueco en la historia de nuestra filología. Sirva de ejemplo lo que hizo con la ficción picaresca: empezó por editar una novela y terminó por publicar el corpus completo en ese volumen impagable de la *Novela picaresca española* (2001). Así lo hizo en cada uno de los ámbitos de estudio que le interesaron, que fueron muchos. Nunca se atuvo a una linde única y sus trabajos transitan por territorios tan diversos como la novela de posguerra, a la que consagró alguno de sus primeros esfuerzos, el *Libro de Buen Amor*, La

Celestina, que siempre le interesó, los diálogos renacentistas, con el *Viaje de Turquía* a la cabeza, Calderón de la Barca, la prosa áurea, la definición de una nueva poética para la novela picaresca, la crítica textual, la ecdótica, la imprenta en el Siglo de Oro, para poner en pie cómo pasaban los textos de la copia manuscrita a las letras de molde y, más acá, la informática. Y es que, a pesar de habérselas con textos antiguos, Florencio encontró desde muy pronto en las nuevas tecnologías una utilísima herramienta para la investigación y comprendió la importancia que tenían para el estudio y la difusión de nuestras tareas. Quedan para la historia aquellos disquetes con los textos cervantinos que acompañaban las ediciones de Alianza Editorial cuando, a finales de los años noventa, nadie había pensado en ello ni de lejos, el CD de la edición salida en Micronet o la *Biblioteca de Autor “Miguel de Cervantes”* en cervantesvirtual.com, que tan celosamente cuidó y donde se ofrecen datos, bibliografía, materiales de toda índole y, antes que nada, los textos de Cervantes y las ediciones facsimiles de sus obras en los originales conservados, ya fueran manuscritos o impresos.

Llegamos, ahora sí, a Cervantes, que ocupó los afanes de Florencio durante más de treinta años, primero en colaboración con Antonio Rey Hazas, en una de las amistades académicas más largas y fértiles que ha conocido la Filología Española, y luego en solitario. Como en el caso de la novela picaresca, el envite comenzó con la edición del teatro cervantino en 1987 y terminó con la edición de sus obras completas en varias ocasiones, primero en el Centro de Estudios Cervantinos (1993-1995), luego en los dieciocho volúmenes de Alianza Editorial (1996-1999), en Castalia (1999) y, por último, en el Museo Iconográfico del *Quijote* de Guanajuato (2012). Todo ello adobado de ediciones sueltas, artículos, ensayos de diverso jaez o versiones didácticas pensadas –muy bien pensadas– para otro público más amplio y variado. Eso sí, nunca reeditó sin más un trabajo previamente hecho, porque cada nueva edición implicaba para él una revisión a fondo del texto de la obra, de la anotación y del discurso que la acompañaba. Quien lo cotejó lo sabe.

A una actividad docente continuada y me consta que bendecida por el afecto de sus alumnos, Florencio añadió la generosidad de entregar su tiempo a la gestión no solo en proyectos de investigación, sino en la secretaría de su Facultad, en la subdirección y dirección de su Departamento, la coordinación de Máster, en la empresa tremenda de la *Gran Enciclopedia Cervantina*, de la mano de Carlos Alvar, en la dirección de los inolvidables encuentros de *Edad de Oro*, en las reuniones cervantinas de Guanajuato y en un sinnúmero de organizaciones, revistas, actividades y congresos, en los que andaba siempre ojo avizor, sin encontrar descanso, para que todo saliese a pedir de boca. Así estuvo, con el pie puesto en el estribo, hasta el último momento, pues todavía en septiembre de 2020 se defendió la tesis de Juan Cerezo, que Florencio había dirigido, sobre un tema que le interesó vivamente, la acotación genérica de los relatos de cautivo.

Ese atareado quehacer convergía, en el caso de Florencio, en un ejercicio propiamente filológico como es el de la edición crítica. Si algo determinó su

trayectoria académica fue la condición de editor de textos, en el sentido más cabal, riguroso y apasionado que pueda calificarse. Hablo del recuento de planas y cuadernos, de líneas, tipos, caracteres y blancos, de la disposición de epígrafes, encabezamientos y letras capitales, del cotejo puntual de diversas ediciones o del registro minucioso de variantes no por alarde erudito, sino con la intención firme de ofrecer a los lectores el texto que más se aproximase a la voluntad original de su autor. La suya fue una Filología con mayúscula, tal como la entendieron los humanistas, con todo lo que implica, desde la constitución del texto hasta su interpretación literal. En un momento en que prima la alharaca, la generalización vana, la adaptación de las obras ajenas al discurso propio o la locuacidad teórica, Florencio se inclinó por el amor hacia los textos como cauce indispensable para su interpretación. Junto con sus ediciones, es ese el mejor de sus legados académicos, el del trabajo preciso, silencioso y artesano. Con él se va un modo sobrio y recto de afrontar los estudios filológicos, que poco a poco va perdiendo terreno y que terminará –no tengo demasiadas esperanzas– por desaparecer, como parte de un mundo antiguo y prescindible.

Pero eso acaso sea ahora lo de menos. Lo amargo, lo terrible es que el 16 de diciembre del año 2020 murió Florencio Sevilla Arroyo, con su largo rostro barbado, con sus manos huesudas y el cigarro en ristre, con su generosa amistad, con todos sus saberes y con su inconfundible planta de caballero de la triste figura. Nada podrá llenar el vacío que nos deja. Verdaderamente ha muerto Florencio, bueno como Alonso Quijano y, como él, «de apacible condición y de agradable trato, y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían».

LUIS GÓMEZ CANSECO
Universidad de Huelva